

en los arrebatos de una pasion irreflexiva, llevaba su nombre con su corona, y le convenia mas, como conviene siempre lo mas justo, conformarse con su triste suerte á salirse de ella por el crimen. Mas algo terrible pasaba en su ánimo entonces. Abrumada por el peso de incontrastables ideas, encerrábase la infeliz en torvo y siniestro silencio. Sus días eran de una continua inquietud, como sus noches de un continuo insomnio. La tristeza trajo la enfermedad. Un dolor de costado la heria de continuo, en guisa de constante y perpétua puñalada. El hígado se le hinchaba de suerte que no la dejaba vivir. Descompusiéronse aquellas facciones tan hermosas, y empañóse aquella tez tan trasparente. Todo el mundo preguntaba qué sucedia en el ánimo de la Reina; y nadie daba con la clave de tamaño enigma. No era, sin embargo, difícil descifrarlo, pues no estaba la discrecion y la reserva entre las cualidades varias de aquella infeliz mujer. María estaba, pues, tan triste por haber concebido una pasion mas en aquellos momentos, pasion de suyo exaltada, como todas las naturales á su alma. ¡Terrible abismo en verdad aquel á donde la empujaban sus torpes caprichos! Reina y jefe de un Estado, necesitaba sobreponer los intereses de este á sus pasiones y no subrogarlos. Madre de un príncipe llamado á tan excepcionales cargos, necesitaba para educarlo ese númen que solo brota de immaculada pureza. Esposa de un hombre, por su propia voluntad elegido, y al hogar llamado contra el consejo de todos sus partidarios, debíale una fidelidad inquebrantable, si no por amor á él, por consideracion y respeto á sí misma. Despues de los escándalos célebres promovidos por sus relaciones con Riccio, este nuevo escándalo solo podia traerle un crimen mas; y este crimen mas, con la deshonra el destronamiento y tambien el cadalso. María cuando se sintió de aquel vértigo nuevo tomada, en vez de conjurarlo y sustraerse á su nefasta influencia, buscábalo con empeño, como si le gustase á la infeliz el peligro y el borde oscuro de los mas negros abismos. Cual si nunca hubiese amado, cual si no hubiera sentido allá en su interior la facilidad en cambiar de amores y de ídolos, entregóse á la nueva pasion. Diríase que jamás sintiera ninguna otra en su tormentosa existencia. Y no supo qué dar al predilecto de su corazon, al dios nuevo levantado en el oleaje caprichosísimo de sus alteradas pasiones; y arrojó en el abismo de aquel corazon insaciable, por donde se despeñara sin razon

y sin consejo, corona, conciencia, honor, apellido, la propia suerte, la fortuna de su reino, la herencia de su hijo, la causa de su religion, la paz del mundo, todo cuanto se hallaba confiado por el destino á su consejo y á su prudencia. No han visto los siglos demencia mayor, que la demencia de esta pobre mujer, á quien acusaria la historia hoy con mas acerbidad, si el castigo por la providencia de Dios á sus crímenes horribles infligido, no estuviera en proporcion completa con su culpa. Hasta parece inocente por haber sido castigada.

¿Cómo se llamaba el nuevo amante de María? Llamábase Bothwell. ¿Quién era? Pues era un hombre de combate. Apenas contaba entonces treinta años y tenia todos los ímpetus y todos los arrebatos de una desordenada naturaleza unidos á las irreflexiones propias de la juventud. Pertenece el nuevo amante real á esos hombres, que sobreponen á su conciencia su voluntad, y que borran la palabra imposible de su conversacion. Para lograr un objeto, lo mismo le daba desobedecer las leyes de la moral que desobedecer las leyes de la sociedad. El nacimiento lo habia hecho noble, la herencia lo habia hecho rico; y en aquel mundo feudal gozaba de privilegios vinculados en su familia, los cuales, con ser tan grandes y tan viejos, servíanle tan solo para conseguir y granjearse otros mayores y mas nuevos. Potentado ya por su nacimiento, habia en sus inmensos bienes crecido por su matrimonio con Juana Gordon, una de las mas ricas herederas del reino. Su valor personal rayaba en temeridad; y su falta de respetos y de escrúpulos rayaba en crimen. Ambicioso por naturaleza, cuando parecia que toda natural ambicion estaba satisfecha en su ánimo, por tantos favores como le habia dispensado la fortuna, ¡oh! aquel desapoderado ambicionó, en su demencia, nada menos que el trono de su Escocia. Ocupado este por una mujer tan propensa de suyo al cambio de afectos y de amantes, nada mas fácil de conseguir que un rápido logro á sus intentos en las alturas de su posicion extraordinaria y con los recursos y medios propios de su audacia. María Estuardo, hastiada por completo de la debilidad que aquejaba sin remedio á su marido, enamoróse perdidamente del esforzado caballero, en quien residian todas las cualidades propias del valor y de la fuerza. Quizás, por soberana, la infeliz habia menester mas que ninguna otra de las mujeres el apoyo y amparo de una voluntad incontrastable; y esa voluntad fortísima,

de que había menester, encontrábala, resuelta, completa, omnímoda, en el ánimo de su nuevo amante. Feo, muy feo este, la fealdad física de su cuerpo como que aumentaba las prendas varoniles de su alma. El aire caballeresco, el continente de atrevido, las maneras audaces, el valor temerario, la falta de conciencia, la sobra de pasiones, el hervor de su sangre jóven, la salvaje fiereza de su temperamento sanguíneo, las sensuales costumbres, el prestigio adherido á su nombre y á su casa, las calaveradas múltiples de su juventud tormentosa, los arrebatos de su genio, el número de sus empresas, tantas y tantas cualidades reveladoras y demostrativas todas de la fuerza cautivaron el ánimo de María, creída en la soledad y desolacion de sus sentimientos, que aquel hombre de su voluntad cautivo seria un esclavo suyo ayudándola en tantas complicaciones como la rodeaban á robustecer la real autoridad y á tomar desquite de sus innumerables enemigos. No comprendió María Estuardo que Reina por la naturaleza de aquellos tiempos y por la virtud de su régio nacimiento, era, por sus pasiones y por la fatalidad incontrastable de su complexion esclava, y esclava misérrima, de todos aquellos á quienes libraba su corazon y su alma. Esclava de Francisco II en su primera juventud; esclava de Darnley mientras lo amó por algunos momentos; esclava de un aventurero como Riccio; esclava de Bothwell, amo violento y despótico; aquella mujer, que recibiera de su nacimiento y de la herencia tan altos poderes, no había recibido el primero y mas alto de todos la propia libertad y entre sus dominios no se constaba, no, el indispensable dominio de sí misma.

El nuevo favorito escocés desdeñaba el favor alcanzado por el antiguo favorito italiano, y queria otro mas alto y más útil. Ya que la Reina le distinguia tanto, aspiraba, en las demencias de su ambicion, al título de monarca y esposo. Pero ¿cómo alcanzar este título sin herir y desconocer todas las leyes divinas y humanas? El estaba casado con una rica y jóven heredera; ella con un príncipe designado por su propia eleccion soberana y padre del niño que debía heredar la espléndida corona de Inglaterra y Escocia. ¿Cómo procederian para desatar los lazos antiguos y estrechos, sin cuya ruptura no podian los nuevos lazos atarse? ¿Apelarian á un divorcio? ¡Qué horroroso escándalo! ¿Apelarian á un crimen? Apenas puede concebirse que tal idea pase por la mente de aquellos que personifican la justicia en los Estados. Y

pasa con frecuencia, como enseña la historia. El nuevo favorito decidió saltar al trono sin que le sirviera de freno moral ninguna. Para captarse mas el corazon de la Reina peleó en las fronteras con los enemigos, en armas siempre allí, recibiendo, por su causa, una herida mortal. María Estuardo anduvo á caballo un dia entero, sin descansar, tan solo para verle media hora en su lecho de dolor, y procurarle con cariño los consuelos de una visita. Y en este largo viaje ponía enfrente, sin duda, del esfuerzo de aquel que aspiraba con tanto empeño á su mano, la debilidad irremediable de aquel que ya la tenia. Pues mientras el amante se iba por los campos de batalla en busca de la victoria ó de la muerte para servir á su señora, el marido se reclusa en apartados palacios, y desde allí, amenazaba tan solo con largos y continuos viajes. María, en su ceguera, no calculaba cuánto había puesto su propia inconstancia en la triste suerte del esposo.

A consecuencia del tumulto de sus pensamientos cayó enferma; y la enfermedad tuvo tal fuerza que se halló en peligro de muerte. Al saberlo, corrió su esposo á visitarla; pero al llegar había cedido la inminencia de un fatal desenlace, y María estaba mas repuesta. De consiguiente la visita entre marido y mujer se redujo á una mera entrevista penosa, en que la misma cortesía de los respectivos ademanes y la reserva misma del diálogo demostraban cómo se había perdido con el mutuo amor la mutua confianza. Darnley se fué por la tarde misma del dia en que visitó á su esposa; y esta, en la entrevista sintió una vez mas cómo sus repugnancias iban tomando aspectos varios de odio hácia el jóven á quien amara con tan exaltada pasion, aunque por tan breve tiempo. Este desvío invencible y la inclinacion hácia Botvell sentida, inclinacion difícil de satisfacer legítimamente, la conturbaron muchísimo y la trajeron á mal traer desde los primeros dias de su penosa convalecencia. Veíase muy enferma de cuerpo la infeliz; pero mucho mas enferma de alma. Su hígado, su estómago se deshacian uno y otro en hiel; mientras en dolor su corazon y en remordimientos su conciencia. Le repugnaba el esposo y le atraía el amante. Pero ignoraba por qué caminos podía llegar hasta desunirse del uno y unirse al otro. Los asesinos de Riccio, aquellos que habían partido su propio corazon al partir el corazon de su privado, presentáronse á la Reina, y le ofrecieron sin rebozo un nuevo crimen, cual si fuesen, como ciertos ins-

trumentos de muerte, homicidas por su organizacion y por su naturaleza. María, que tanto los maldijera cuando sirvieron los intereses de su marido, escuchábalos sin repulsion ahora que servian contra su marido, por medio de premeditadas asechanzas, otros intereses. Por algun tiempo acarició la idea del divorcio; pero llegó seguidamente á convencerse de que tal idea era insensata, pues habia para el parentesco prévia licencia pontificia y entre los dos cónyuges el apretado lazo de recién nacido infante, llamado por decretos del cielo á reinar sobre Inglaterra y Escocia. Los asesinos de Riccio se dirigieron á Bothwell, y con él pactaron la gran maldad inspirada por todas aquellas locuras, el asesinato de Darnley.

En esto los asesinos de Riccio, que solo habian visto á la Reina en secreto, fueron pública y solemnemente indultados. Al saber tal resolucion el Rey, sintió todas las amenazas que se condensaban sobre su cabeza, y se recluyó, cada vez mas solo, y se fortaleció, cada vez mas sombrío, en su retiro de Glasgow. Allí le sobrevino una enfermedad terrible, por causa de la cual estuvo en trance tambien de muerte. Esta enfermedad resultó luego la viruela, y pasó con rapidez, por razon indudablemente de su misma violencia. No estaba repuesto aun, cuando le anunciaron extraño caso, la visita de su mujer. En efecto, María se personó en casa del Rey, sorprendiendo y extrañando mucho á este que tanto la conocia, y que no ignoraba cómo la poseian lo mismo sus amores que sus odios y sus repugnancias. La extrañeza del Rey debia crecer sabiendo que la Reina en aquellos dias acababa de escribir una carta célebre á un magnate ilustre, acusándole de conspirar contra su autoridad y de querer hasta robarle su hijo. Así es que la historia implacable atribuye aquel acto de piedad incomprensible á dolo y á traicion. María se presentó solícita en el palacio de su esposo para tomar de él nuevamente posesion y entregarlo maniatado á sus enemigos. Darnley la idolatraba con ciega idolatría, sobre todo, como ya hemos dicho, desde que se vió aborrecido. ¡Oh! Tan seductora sirena le cogió en sus brazos y lo tuvo siempre por juguete y por víctima. Darnley la quiso todo cuanto él podia quererla. En la misma confabulacion criminal contra Riccio habíase mezclado por deseo de conservar sus prerogativas de Rey sobre la tierra escocesa y sus derechos de marido sobre María Estuardo. En cuanto ella le habló con cariño, le se-

dujo con facilidad. El jóven y cuitado príncipe no pudo resistir á los deseos que despertaba en su ánimo el mirar de aquella mujer y el aroma de su aliento voluptuoso. Reconvínola dulcemente con esas reconvenciones del amor, cuyas quejas tanto á cariño se parecen. María se abandonó completamente á las exigencias de su infame traicion y prometió con los labios lo que no podia cumplir su voluntad; reanudar la vida comun y compartir el tálamo y el trono. Darnley se volvió loco de alegría con aquella palabra de amor; y propuso no volver jamás á separarse del tálamo nupcial. Pero María le dijo cuánto importaba tener oculta la reconciliacion en espera de dos cosas: primera, el desarme de ciertos Lores airados; segunda, el restablecimiento completo de aquella salud, tan cara é indispensable á la felicidad de los dos.

Volvióse la Reina, desde aquel retiro donde habia engañado tan torpemente á Darnley, hácia el régio palacio; y volvió acompañada de un espía, puesto á su lado por Bothwell, quien diariamente se informaba por este medio de todo cuanto la Reina pensaba y hacia. En aquellas nefastas edades, como no podia faltar junto al rey el bufon que lo divertia, tampoco faltaba el esbirro que lo seguia y espiaba. La naturaleza de la sociedad humana es tan repulsiva de suyo al despotismo, que concluye por esclavizar siempre, mas que á nadie, al déspota, como en desquite de la esclavitud general. Así un rey del siglo décimosexto estaba rodeado siempre de traidores espías, los cuales mirábanle al rostro para sorprenderle sus mas secretos pensamientos, cuando no podian oirlos de sus propios labios. Y los esbirros no espiaban solamente, mataban tambien. Con igual facilidad apercibian un veneno que afilaban un cuchillo. De aquí tantas tentativas de asesinato y tantos homicidios perpetrados en la esclavitud universal. No hay sino recordar los nombres de los asesinados en los conflictos religiosos para ver todos los horrores de la época: Enrique III muere á manos de un fanático y á manos de otro fanático Enrique IV. Los Guisas caen heridos por la supersticion protestante, y los Colignys y los Oranges por la supersticion católica. Un Pontífice, tenido por santo, no duda en ponerse á la cabeza de una conjuracion urdida para matar á Isabel de Inglaterra. Y los primeros Lores de Escocia entraban, como en el asunto mas natural y ordinario, en la trama de asesinar á un Riccio. El bravo, el espía, el esbirro, el bufon, formaban parte integrante